

La revista APUNTES, estima que al publicar los monólogos de Isidora Aguirre: "Las Sardinias" o "La Supresión de Amanda" y "La Micro", sólo está contribuyendo a realzar la versatilidad de una autora vastamente conocida en la literatura teatral chilena.

Isidora Aguirre, nació en 1919. Estudios en el Juana de Arco y la Escuela de Servicio Social. Antes de escribir teatro incursionó por el ballet, el dibujo y la literatura escribiendo dos libros de cuentos para niños ilustrados por ella misma: "Ocho cuentos" y "Wai-ki-ki", editados por Zig-Zag. Premio Rapa Nui 1948.

Un año de estudios en la Escuela de Altos Estudios Cinematográficos en París. En 1949 escribe "Entre dos trenes" argumento para cine llevado a la escena y al radio-teatro. En 1951, estudia en la Academia de Teatro del Ministerio de Educación. En 1954 estrena su primera obra en un acto: "Pacto de Medianoche". Sigue "Carolina" en 1956 estrenada por el Teatro Experimental y presentada posteriormente en Madrid y EE.UU. En 1957 estrena su comedia en tres actos: "Dos y dos son cinco" y en 1958 su drama "Las tres Pascualas". basada en una leyenda chilena. En 1959 el Teatro Universitario de Concepción le estrena "Población Esperanza" escrita en colaboración con Manuel Rojas (Premio Nac. de Literatura 1957), episodio de los suburbios golpeados por la miseria.

En 1960, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica le estrena "La Pérgola de las Flores" comedia musical en dos actos con música de Francisco Flores del Campo. Siguen: "Los Papeles" y "La Dama del canasto".

-----  
-----

"LAS SARDINAS" O "LA SUPRESION DE AMANDA"

-----  
(Monólogo para un actor)

De: Isidora Aguirre  
-----

LA ESCENA SE DESARROLLA EN EL DEPARTAMENTO DE RENATO Y SU MUJER, AMANDA; LIVING. PUERTA DE CALLE, PUERTA QUE DA AL DORMITORIO DE AMANDA Y RENATO, Y PUERTA DE COCINA - NO HAY NADIE EN ESCENA - ENTRA RENATO DE LA CALLE. TRAE UN DIARIO DOBLADO EN EL BOLSILLO. ESTA MUY NERVIOSO. SE QUITA LA CHAQUETA Y SE AFLOJA LA CORBATA. SE ACERCA DESPACIO A LA PUERTA DEL DORMITORIO, MIRA Y ESCUCHA. DICE CON VOZ SUAVE):

RENATO.- ¿Amanda?... ¿Amanda?... ¿Estás dormida?  
(PAUSA) Está dormida. Sin embargo, suele con-  
testar con un gruñido cuando le hablo, aun-  
que esté dormida. Es raro... (VA HACIA LA CO

CINA Y REGRESA CON UN PLATILLO VACIO QUE SE LLEVA A LA NARIZ) Hum. Las sardinas. Se las comió. (GESTO DE TERRIBLE INQUIETUD, SE CALMA) No. No puede actuar tan rápido. Se las debió comer entre la una y las dos; (SACA SU RELOJ DEL BOLSILLO Y LO MIRA. SE SECA EL SUDOR DE LA FRENTE) mientras yo leía el diario en el banco del parque. (EL TEMBLOR DE SUS MANOS LE OBLIGA A DEJAR EL PLATILLO SOBRE LA MESA. RISA BREVE)

Según tus propios cálculos, querida Amanda, "esto tarda unas cuantas horas en actuar sobre el organismo". ¿Te acuerdas cuando te documentaste para ese pequeño cuento policial en que un marido, hastiado, envenena a su mujer con sardinas? ... con sardinas que se dejaron dentro de la lata, expuestas al aire. Te creíste una Agata Christie... (SUSPIRA) Los que no tenemos talento, sólo podemos contar eternamente nuestra propia historia... nuestra propia historia... Bueno, a lo mejor tus datos no eran exactos. Aunque no lo creo. No sueles equivocarte, ¿no? (SE ASOMA AL CUARTO DE AMANDA) Duerme. Yo, Amanda, jamás he pensado en envenenarte con sardinas. No hubo lo que llaman, intención pre-conce-bi-da. Fué, sólo un encadenamiento natural de los hechos. Coincidencias. El destino... el destino y yo, su instrumento. Además, creo que fué más bien tu culpa, querida... (LA AMONESTA CARINOSO)

Es curioso, pero siento ahora una vaga ternura por ti... cuando pienso que siempre te dejaste tentar por las sardinas. Pequeñas debilidades, propias de los caracteres fuertes como el tuyo. (AL PUBLICO) Ella negó sistemáticamente su gula durante años... y ahora... (RISITA) La vida tiene cada cosa. Siempre nos toma desprevenidos. Confiaste en tu marido, ¿verdad? Ciegamente. Y

cómo no. (AL PUBLICO) Yo era "su niño grande" ... eso cuando estaba de buenas... A veces los niños se vuelven crueles, Amanda, cuando se cansan de las personas mayores. (PAUSA) Bien. Hay que apurarse. (SACA UNA MALETA QUE EMPIEZA A ARREGLAR) Ya no podrás decir con ese tonito benevolente: "Renato: ni siquiera eres capaz de arreglar una maleta. Sin embargo, mira, es tan sencillito. Como disponer flores en un jarrón; toda la ciencia consiste en ponerlas una a una; no todas a la vez"... Pero... ¿qué estoy haciendo? Escapar, y con maleta, es confesarse culpables. No. (SE CALMA. SENTANDOSE Y CRUZANDO SUS MANOS)

Nada de atolondramientos: razonar. Proceder con lógica. No soy culpable. Por lo tanto debo hacer lo que hago todos los días a esta hora. Afeitarme. (AL PUBLICO) Me afeitado después de almuerzo, porque, por las mañanas, Amanda disponía que la ayudara con el aseo... no tenemos empleada. Cuestan mucho y son todas difíciles.

(SE LEVANTA Y TOMA LA MAQUINA ELECTRICA DE AFEITAR. LO HACE ANTE UN ESPEJO IMAGINARIO, QUE TAL VEZ SEA UN MARCO VACIO, EN LA CUARTA PARED ES DECIR, CARA AL PUBLICO) Debo estudiar cuidadosamente lo que le diré al juez. (SOBRESALTADO) ¿Al juez? No. No creo que las cosas lleguen hasta ese extremo. Sea como sea, debo estar preparado. Las mejores ideas se me ocurren mientras me afeito; creo que es al ver mi imagen en el espejo. Desde luego, (SE OBSERVA) no tengo un rostro de asesino. No es feo. Incluso, mis facciones en reposo, tienen cierta distinción, cierta dulzura... (SONRIE) Pero... también pueden expresar la fuerza, (MUECAS) hasta la ferocidad... (SE RIE) Maravilloso instrumento el rostro humano. ¿Qué decía? Ah, sí. Siempre logro poner mis ideas en claro al afeitarme. Creo que se debe más bien al hecho de

que afeitarse (IMITANDO UNA VOZ NASAL) "es un acto realizado con automatismo, lo cual libera, en cierto modo, la mente" como dice el señor Hernández. Siempre el señor Hernández intercala un "en cierto modo" en mitad de sus frases. Tal vez en eso consiste toda la seriedad de sus palabras, de sus actitudes. El señor Hernández... qué tipo, como todos los de mi oficina. Apenas si una manía los distingue a los unos de los otros. Y el señor Uribe; siempre hablando del hígado de su señora. Es realmente cargante con el hígado de su señora. Y el señor Castro, con su terrenito en la costa. No puede beber una copa sin invitarnos sistemáticamente, a pasar un fin de semana en su terrenito en la costa. Esto, naturalmente, cuando haya construido su "choza"... aun no ha empezado... (RISA JOVIAL) La señorita Gertrudis, alemana, la señorita Gertrudis siempre le hace un chiste al respecto, un chiste tonto... inevitable. Inevitable como esa frase suya, todas las mañanas a "¿Qué hay de nuevo, don Renato?" (PRONUNCIACION GERMANA) No falla. A veces aparento un aire distraído, o le hablo rápido de otra cosa; para ver, si al menos por una vez no me lo dice. Pero es inútil. "¿Qué hay de nuevo, don Renato?" Es como una maquinita ciega que empieza a funcionar a penas abro la puerta de la oficina. Puede llegar a ser angustioso... (RIE) Casi siento volver ahora a la oficina. Podría contestarle: "Hay algo nuevo, señorita Gertrudis, algo sensacional. Mi mujer..." (RECUERDA. SE LEVANTA Y MIRA HACIA EL CUARTO DE AMANDA)

No oigo su respiración... (ESCUCHA) Hum... un ronquido. (AL PUBLICO) Duerme apaciblemente, parece que no le han hecho efecto... (REGRESA A SENTARSE) Curioso, es como si esto le estuviera sucediendo a otro. Bueno, continuemos. Tengo que aclarar varios puntos. Primero: ¿Hu

bo crimen? Y si lo hubo, ¿quién es el asesino? Yo soy incapaz de dar muerte a una mosca. (AL PUBLICO) son sus propias frases. (INDICA A AMANDA) Crimen... asesinato. Nada de esto parece muy serio... Creo que a mis actos, siempre les faltó... realidad, consistencia. No como a los de Amanda. Cuando Amanda estornuda, se sabe que es un estornudo. Un estornudo de verdad. Cuando Amanda dice: "Has hecho mal" uno sabe que existe el bien y el mal perfectamente separados; lo negro y lo blanco. Volviendo a lo del juez, creo que deberé relatar los hechos, por orden.

(CARRASPEA. HA TERMINADO DE AFEITARSE. GUARDA LAS COSAS Y HABLA AL JUEZ) Señor juez. A la difunta. (MIRA CON CIERTA EXTRAÑEZA Y TERNURA HACIA EL DORMITORIO) Creo que deberé llamarte "difunta" Amanda. A la difunta, señor juez, le gustaba repetir, hasta el cansancio, que es conveniente, al abrir una lata de conservas, vaciar su contenido, para evitar que la lata, en contacto con el aire, produzca ácidos venenosos. Repito sus propias palabras. La difunta era meticulosa, para todo. Detestaba por eso a las empleadas. Nunca una duró más de un mes. Era autoritaria, exigente, y exigía a esas pobres criaturas ignorantes, que fueran tan rápidas y eficientes como ella. Tanto que llegó a prescindir de las empleadas y decidió que viviéramos a la europea. Es decir, yo le ayudaba en los quehaceres de la casa. Y bien, volviendo a lo de las sardinas, a pesar de su meticulosidad, cayó en un pequeño error, o al menos, eso es lo que yo, por los hechos, deduzco, señor juez. Un día, abrió una lata, se sirvió unas sardinas, y no vació el resto del contenido. Así sucedieron las cosas, hasta su fatal desenlace. (REPITE EXTRAÑADO) Fatal desenlace... como en los diarios. Yo, señor Juez, encontré dicha lata, poco antes del almuerzo, al



limpiar el desgrasador, labor que la difunta me había encargado la mañana de su deceso (CARRASPEA IMPORTANTE) la mañana de su deceso... Siguiendo, casi por automatismo, las órdenes de la difunta... órdenes que es taban en el aire, por todas partes, "haz es to, haz lo otro", ella organiza, ordena, distribuye, qué excelente hombre de empresas hubiera sido mi pobre Amanda... pero no nos disgreguemos.

Siguiendo esas órdenes tácitas de la difunta, al ver esa lata abierta, vacié su contenido sobre un platillo. Esto mientras iba por el tarro basurero que no estaba en su sitio. Debía estar seguramente en la calle. Los basureros son irregulares; ese día debió pasar más tarde. Mientras tanto pensaba: mi mujer tiene verdadera obsesión por estos bichitos. A mí, personalmente, me cargan las sardinas. Pero llevamos varios meses comiendo a base de conservas. A la americana. Amanda es progresista; sólo en este aspecto de las comidas. En lo demás, no tiene mayor visión. Ah, pero que no me oiga. Amanda se cree perfecta. Pero es humano. Si gamos. Pensé: "llevamos unos cuantos meses comiendo a base de conservas". Esta idea me molestó. Cuando algo me molesta, enciendo un cigarrillo, y me siento mucho más aliviado. No me quedaban cigarrillos, y salí a comprar. En el puesto de diarios que hay al frente. Aproveché para comprar el diario. Y esto me llevó hacia el banco del parque, donde suelo leer las noticias... Sobre todo en este tiempo.

El aire estaba tibio... era agradable sentarse bajo los plátanos del parque, y sentir el contacto de ese aire tibio sobre la piel. La primavera, señor Juez, usted com-

prende. Uno se olvida de todo, del platillo con sardinas, de la oficina, del desgrasador... de la hora del almuerzo. Pensaba: todavía siento la llegada de la primavera... todavía estoy vivo. (CAMBIO DE TONO. HACIA EL PUBLICO) Estos detalles ayudan... suena convincente. Y es la verdad... (VUELVE AL TONO ANTERIOR) Cuando miré el reloj, ví con sorpresa que ya eran las dos de la tarde. Regresé rápidamente a la casa, porque tengo la costumbre, como ya expliqué, de afeitarme después de almorzar, antes de ir a la oficina. Mi mujer estaba durmiendo y había dejado, como siempre suele, solía, perdón, hacerlo, un mensaje clavado con un alfiler en la puerta de su dormitorio.

(VA HACIA LA PUERTA Y TOMA DISTRAIDAMENTE EL MENSAJE) Los sé de memoria sus recados: "no llegues tarde a la oficina. Pasa a comprar tallarines". O, "no hagas ruido con la puerta al salir". (LEYENDO) "La guía telefónica está en el cajón del escritorio". Bah... qué raro... seguramente debió encargarme un llamado telefónico. (PIENSA) No... no me acuerdo... En todo caso, ya no tiene importancia. (GUARDA EL PAPEL EN EL BOLSILLO) Y bien, señor juez, llegué demasiado tarde. Amanda había ingerido las sardinas y yo... no pensé en ello, hasta que me dí cuenta... me dí cuenta... del fatal desenlace. Llegué demasiado tarde. (YENDO HACIA AMANDA) ¿Qué te parece Amanda? Perfecto. Fué un accidente. A diario lee uno que muere gente envenenada con productos alimenticios en mal estado. (SE CORRIGE) Bueno, de vez en cuando. Descuidos. Hay tantas maneras de morir. Y de morir, nadie se libra. Sólo he adelantado un poco esa muerte... Y me he librado de tí, Amanda. (PAUSA)

Soy libre... Libre como un pájaro. No. El pájaro vive esclavo de su instinto y no sabe que es libre. La libertad consiste, en saber que se es

libre. En haber sido antes esclavo. Resulta muy extraño conseguir, de pronto, lo que más se desca. Lo que parecía tan imposible. (PAUSA) No estoy ni triste ni alegre. Tal vez haya que acostumbrarse, lentamente, a la felicidad; como se acostumbra uno al sufrimiento. Primero el golpe que nos atonta. Siempre sentí miedo de ver realizarse mis deseos, miedo de no encontrar en ello el placer que esperaba. Hasta puede suceder que mi libertad no me agrada. (SE QUEDA PERPLEJO UNOS INSTANTES) La deseaba, sin embargo. Por muchas razones... por una, especialmente. (SE LLEVA LA MANO A LA FRENTE) Una... la he olvidado... Son los nervios...

(MIRA SUS MANOS QUE TIEMBLAN LIGERAMENTE) Viajar... Sí, viajar, eso era. Conocer mi continente. No aspiro a ir demasiado lejos, ni a Europa, ni al Asia; sólo mi continente.

Durante estos quince años que trabajo en la Agencia de Turismo, he visto millares de personas, salir del país... (TOMA UNOS FOLLETOS DE TURISMO) Y los que regresan... a veces pasan por la Agencia... reclamamos, o simple deseo de conversar... Traen en el rostro un no sé qué de distinto: la piel curtida en otras tierras donde soplan otros vientos... He tenido que aprender de memoria las bonanzas de tal o cual clima, los itinerarios; y todos estos folletos, para informar al cliente. Me escuchan atentos, ansiosos, como si yo realmente conociera esas tierras. Y es verdad: conozco estas islas, mejor que ellos... y ahora quisiera tocar con mis dedos esas playas, esas islas del trópico. (ENTUSIASMANDOSE) POCO A POCO) A cada una le conozco su pasado. Esta me gusta, es mi preferida. (INDICA UN FOLLETO) Descubierta en el año 1590, por corsarios. Venta de esclavos. Tierra for

mada por arrecifes de coral endurecidos. La imaginó lisa... suave al tacto y muy blanca... muy blanca. (PAUSA SU MANO POR UNA IMAGINARIA SUPERFICIE, CON VOLUPTUOSIDAD) ¿Su vegetación? El divi-divi y el cactus. (SONADOR) El divi-divi... ¿No te suena maravilloso, Amanda? (PAUSA) Embarcarse en un barco lento, dejándose llevar por los vientos alisios, que soplan siempre en la misma dirección... escapar... escapar, huyendo siempre en la misma dirección... (DE PRONTO, ROMPIENDO EL ENCANTO) Pero, sin que estés tú, Amanda. De nada sirve viajar contigo. (AL PÚBLICO) Lo hemos hecho, dentro del país. Se va apropiando de todo, adelantándose a lo que uno pudiera decir o pensar... Pero, ... se acabó.

(VA HACIA LA PUERTA., ESCUCHA ATENTO) Su respiración se ha hecho irregular... como si... No, son mis nervios. Hay tiempo; me iré antes que aquello suceda. Aquello será... a... apocalíptico... Como todo lo de Amanda. Tremendo... aterrador. Me iré... me iré. (SACA SU RELOJ) cuando sea la hora de la oficina, antes no puedo. Despertaría sospechas. Tendré que tener todo muy bien pensado, si no, mis nervios... Pierdo fácilmente la cabeza. (SE SIENTA)

A ver, seguramente me acosarán a preguntas. "¿Quería usted a su mujer? ¿Sus relaciones eran normales? ¿Tenía usted algún motivo para desear su muerte?"... Y la potente luz en los ojos... pendiente del menor gesto delator... "¿Tenía usted un motivo para desear su muerte? ¿Quería usted a su mujer?" (TONO DECAÍDO) Supongo que eso me preguntarán. (REFLEXIONA. BRUSCO) Cómo quieres que sepa Amanda, si detrás de esa capa de hastío cotidiano, queda todavía un sentimiento. Sólo sé que me es odiosa tu presencia. Enormemente. Entonces, hay un móvil para el asesinato: el odio. (INFANTIL) ¿Oíste,

Amanda? Acabo de confesar que te odio. (SE ACOMODA EN LA SILLA) Te odio, a veces. Por que... porque sí. Porque tu voz me resulta insoportable. Nunca lo había dicho... Es extraño oírlo... Y ese lunar con vellos que tienes sobre el labio superior me da asco. El ruido de calavera que haces con las mandíbulas al mascar, me repugna... Sí, me repugna. No lo hubieras creído, ¿verdad? Siempre que todo lo que te concierne es hermoso, agradable, perfecto. Sólo porque es tuyo, ¿no? ¿Y tus ojos saltones? ¿Te has visto por las mañanas con el pelo revuelto y agresivo, como el de una bruja? Y tu actividad matadora que pone inquietud en todos los rincones. Toda tú me eres odiosa. Y estás siempre en todo, en todas partes. Ahora mismo, tu presencia está en el cuarto, en el aire, en las puertas... Cuando duermes dejas recados escritos... Ahora mismo me tienes preocupado con ese maldito llamado telefónico... como si tuviera ya la menor importancia. Hasta en mis soliloquios intervienes. Me tienes dicho que no hable solo, en voz alta, porque los vecinos pueden oírme y creer que estoy perdiendo el equilibrio...

(AL PUBLICO) Fué después del accidente que tomé esta costumbre, la de hablar solo, en voz alta. (ENCIENDE UN CIGARRILLO) Bendito accidente. (ASPIRA EL HUMO PENSATIVO) Lo recuerdo como una laguna de paz... y de soledad. De agradable soledad. A fuerza de estar tendido, inmóvil, preso en esa armadura de yeso, descubrí tantas cosas. Empecé por las irregularidades del techo. Pequeñas irregularidades en la extensión lisa y blanca... Se me antojaba un inmenso mar y yo era la pequeña isla de coral endurecido... Luego me volví hacia mi mismo. Buceando. Entonces descubrí algo maravilloso, insospechado. Era due-

ño de un pensamiento, un pensamiento libre que se desenvolvía... que mientras estaba ahí, con mi cuerpo aprisionado, él podía vagar interminablemente... Después de esos primeros días de intenso dolor, sucedió algo así como un milagro. Comprendí... con tanta lucidez... todo. Pero lo he olvidado. Sólo recuerdo que comprendí... muy claramente. Desde entonces he tratado de recordar aquello que comprendí, que me dió la paz... una paz sublime. Después... vino una maravillosa sensación; la de volver a la superficie, ligero, solitario, sorprendido, con una planta de divi-divi entre las manos, de un verde intenso, entre el coral y las madreporas calcinadas...

Es que no estabas tú, Amanda. No, no estabas en mi accidente... Te deprimen los hospitales. ¿Porqué? ¿Tienes miedo a la muerte? ¿O a las enfermedades? Es bueno estar tendido, inmóvil; poco a poco vamos descubriendo el Universo. Tu ve tiempo para pensar en las galaxias y sus dimensiones inimaginables. Mi lecho de enfermo era un puntito, pequeño y blanco, y sin embargo existía tan real como las galaxias. Ahí estaba yo que era capaz de imaginarlas a millones de años luz... millones de años luz, Amanda. Si tú pudieras comprender qué pequeño es el hombre... y qué grande su pensamiento, que lo lleva a distancias infinitas. La muerte misma, entre aquellas dimensiones de tiempo y espacio, no pasa de ser un pequeño accidente, sin importancia, ¿comprendes? Como el hecho de tomar desayuno, de leer el diario... como el de conocer esa extraña planta del divi-divi...

Además, tú, Amanda, ya cumpliste tu destino en la tierra. ¿Qué te queda por hacer? ¿Seguir frotando esas fuentes plaqué para darle brillo? ¿Barrer el cuarto para que luego el polvo vuelva a cubrirlo? ¿Qué queda? Eso se parece a la



nada, Amanda. ¿Para qué esa actividad matadora, ah? No habías pensado en eso, ¿no es cierto? No. Hay que merecer la vida, Amanda. La nueva generación se prepara para viajar a la luna y sembrar el cielo de satélites artificiales. Yo ya estoy cansado y sólo deseo conocer mi continente. Eso tengo que hacerlo antes de morir. Pero tú no me dejas. Ahí están la ciencia y el progreso tendiéndonos la mano, acortando distancias. Pero tú humillas a la ciencia y al progreso, ignorándolos; guardando centavos para la vejez. Lo que pasa, mi pobre Amanda, es que nunca te detuvises a pensar en las galaxias...

(DEPRIMIDO) Ni yo creo ya en las galaxias. A tu lado no es posible. Todo el día aleccionas: "haz esto, haz lo otro, hazte indispensable en la oficina, mereces un ascenso de empleado a gerente" (BRUSCO) Nunca llegaré a gerente, ¿lo oyes? En estos quince años el gerente no ha hecho otra cosa que hablarme de lo estupenda secretaria que eras tú, cuando trabajabas en la agencia. De lo eficaz, de lo metódica, de lo eficiente que eras tú. ... No lo sabré yo. Por qué no te casaste con el gerente. (RISA) La rapidez de Amanda. La eficiencia de Amanda. (CRESCENDO) El sentido previsor de Amanda. (LE TIEMBLAN LAS MANOS) La muerte de Amanda. ¿No es todo eso un móvil suficiente para el asesinato? No. No me gusta esa palabra. Prefiero decir "la supresión de Amanda" (PAUSA)

Bien. Ya está hecho. Todo parece lógico, justificado. Aunque estoy seguro que tú encontrarías un razonamiento que echaría todo por tierra. Por ejemplo, dirías que el crimen pertenece a otro medio social, que yo no puedo convertirme en criminal porque no tuve una infancia amargada. (SE RIE. SERIO) ¿Y qué

dirías tú de una infancia gris, monótona, como ha sido mi vida de adulto? Mis quince años de oficina y de matrimonio... gris sobre gris, tedio sobre hastío... ¿No es ese un móvil suficiente para el crimen... perdón, para la "supresión" de Amanda? (PAUSA) Curioso. Si no llego a... "suprimirte", jamás me habría dado cuenta de la cantidad de razones que tenía para hacerlo.

(SE ESTREMECE Y DICE PARA SI) Se... está quejando... (SE ACERCA A LA PUERTA DEL DORMITORIO ESCUCHA) Me tengo que ir... luego. (VA HACIA LA MALETA, REGRESA A LA PUERTA) Juraría que se estaba quejando... Sería hermoso que la muerte la sorprendiera durante el sueño. Ella siempre decía, ante el cadáver de un amigo o pariente: "Pobrecito, parece dormir", aunque el muerto estuviera amarillo y tieso como una vela. Pero había algo grande, tranquilizador, en su frase. Uno se sentía protegido... Curiosa persona era mi Amanda... (SOBRESALTADO) Dije "era" como si ya... (SE PASA EL PAÑUELO POR EL ROSTRO) No puedo imaginar. No, no puedo imaginar la ausencia de una persona como Amanda. Un gran hoyo en el mundo... un gran silencio... un vacío en alguna parte. Tal vez... tal vez me haga falta... (REACCION) No. No tengo que entregarme al miedo. Hay que razonar, buscar explicaciones. Claro; me había acostumbrado a vivir en función tuya, escapando de tí, de tu voluntad de fierro. En un principio, por bien o por mal, tendré que extrañar tu presencia. ¿Y... si grita? ¿Y si se retuerce de dolor? Es fácil pensar en la muerte como algo vago, impersonal... Pero aunque mi propia muerte no me asusta... la muerte de Amanda... Ah, la muerte de Amanda es otra cosa... Será algo aterrador, inmenso, apocalíptico.

(CAMBIO. SUAVE) Yo no quiero tu muerte, Amanda,

entiéndelo bien. Sólo desco un poco de paz, de soledad... Luego las circunstancias... esa lata de sardinas... (ESCUCHA ATERRADO) ahora estoy seguro de haberla oído... Se va a despertar... con dolores atroces. (SE MUEVE DE UN LADO A OTRO) Tal vez yo esté terriblemente equivocado; tal vez era ella quién tenía la razón; ella, que no se torturó nunca con el infinito y las galaxias. Amanda... dime, ¿qué debo hacer? Dime... dime. Tú sabes que pierdo la cabeza... que no tengo control sobre mis nervios... Amanda, Dios mío, debí escapar en un principio. Se está quejando, se está quejando. Ya empezó el veneno a hacer efecto. Esto no lo puedo soportar. Un médico. Eso es, un médico. ¿Cómo se llama el médico de Amanda?... González, Bernales... cómo diablos se llama tu médico... En caso de urgencia, la asistencia, siempre me lo repite Amanda; en caso de urgencia la Asistencia Pública.

(BUSCA MIENTRAS DICE:) La guía de teléfonos, la guía... dónde la pusiste, mujer. (SE LLEVA DE PRONTO LA MANO AL BOLSILLO Y LEE EL PAPEL QUE GUARDABA ALLÍ) "La guía telefónica está en el cajón del escritorio" Vaya... (SE QUEDA PERPLEJO. LUEGO VA Y TOMA LA GUIA. COGE OTRO PAPEL SOBRE LA GUIA) ¿Otro mensaje? "No llares. No me comí las sardinas. No llegues tarde a la oficina. No golpees la puerta al salir" (REPITE HISTERICAMENTE) No me comí las sardinas. No llares. No llegues tarde. No golpees la puerta. No... no, no, no, no... no... no... (LARGA RISA HISTERICA Y LUEGO LLANTO DE RISA Y ANGSTIA) Genial, genial, Amanda... ¿Cómo podría no admirarte? Me dejaste jugar... jugar un poquito, al crimen, al cuento policial... Me diste ese gusto... Me dejaste imaginar tu muerte... Habías previsto todo... Hasta mi remordimiento. Cómo

me conoce mi Amanda... Qué maravillosa persona mi Amanda... Galaxias, nebulosas, años luz... y la bomba de Hidrógeno? Megatones, 17 megatones. ¿Y la super bomba? La super bomba de hidrógeno... (SE CALMA, SE PONE LA CHAQUETA. SE DETIENE ANTE LA MALETA ABIERTA) La verdad es que soy incapaz de arreglar una maleta... Debo borrar las huellas de mi escapada. (VA A ESCONDER LA MALETA, LUEGO CAMBIA DE PARECER) ¿Para qué? ¿Si eso te divierte? (LE DA UN PUNTAPIE A LA MALETA) "¿Qué hay de nuevo, don Renato?" "Nada, señorita Gertrudis, nada". (SILE. AL CERRAR LA PUERTA, SE ACUERDA DEL MENSAJE Y SONRIENDO, LA CIERRA SUAVEMENTE).

T E L O N

